

Alocución del presidente de la República ante el Consejo de Ministros del viernes, 4 de abril de 2014*

Ustedes son el nuevo Gobierno de Francia.

Su destino está, pues, en sus manos.

Es una gran responsabilidad, puesto que los franceses han expresado, con ocasión de las elecciones municipales, una insatisfacción, una inquietud y sobre todo una exigencia de resultados. Tienen ustedes el deber de tener éxito en su empeño.

Quiero, primero, rendir homenaje a Jean-Marc Ayrault por la determinación y el coraje que ha demostrado en estos casi dos años de mandato.

Ha trabajado sin descanso en pro de la recuperación de nuestro país, en un contexto económico particularmente difícil. Las numerosas reformas que su gobierno ha llevado a cabo han modernizado nuestro país en profundidad, y el tiempo permitirá validar ese juicio. Las reformas necesitan tiempo para producir sus efectos. Hay que ir más rápido. Esa es una lección, por otro lado, que he retenido: ir todavía más rápido. No se trata tanto de legislar como de responder con rapidez a las expectativas de nuestros ciudadanos. De actuar con sencillez para cambiar de manera más concreta la vida de nuestros conciudadanos. De manera más sencilla y de forma diferente.

Por eso he querido, junto con el primer ministro, formar un equipo más ajustado: dieciséis ministros, respetando el principio de paridad. Es algo inédito en la quinta República. Es un equipo de combate. Combate ¿contra qué? Contra el fatalismo, la resignación, la desconfianza frente a las instituciones. Un combate *por*, sobre todo. Por el futuro, la esperanza, la confianza en nuestro destino.

Porque estamos inmersos en una batalla económica que nos obliga, si queremos ganarla, a ser más competitivos, más solidarios y más innovadores.

El Gobierno no vencerá en esa batalla por sí solo. Deberá incorporar [a ella] al Parlamento, pero también a los agentes sociales y al conjunto de las fuerzas vivas de nuestro país. El Gobierno deberá, sobre todo, vencer aquello que constituye el reto más difícil: la duda, que se ha instalado en demasiados conciudadanos respecto a la acción pública y, a veces, sobre el funcionamiento de nuestras instituciones.

La crisis moral no es solamente una amenaza para la cohesión social — lo que es grave —: es un obstáculo importante para la recuperación de nuestra economía.

La condición para tener éxito implica, en primer lugar, devolver la confianza en la intervención del Estado, en los recursos de nuestra economía, en el talento y en nuestras empresas, en el *savoir-faire* de nuestros trabajadores, en la vitalidad de nuestra juventud. Para lograrlo, los franceses deben comprender el sentido que tienen los esfuerzos que les pedimos. Hace años que se les pide sacrificios y no ven sus frutos. O no ven más que una suma de sacrificios inútiles, de energías que han dado paso al desánimo y de recursos malgastados.

Francia debe, en los próximos tres años, alcanzar tres objetivos.

El primero es el crecimiento duradero, que lleva implícito el refuerzo de nuestra economía y de su poder de atracción. Es decir, [el refuerzo] de todas las capacidades productivas y de servicios. El reto es [lograr] más competitividad, más inversión, para crear más empleo. Ese es el espíritu del pacto de responsabilidad: menos cargas sociales para las empresas y, en contrapartida, más contrataciones. Este pacto está listo. Ha habido una concertación con los agentes sociales. El pacto será presentado al Parlamento la semana próxima, durante la declaración de política general, para ser aplicado a partir del año próximo.

Pero al mismo tiempo, el Gobierno debe actuar para responder a la exigencia de justicia social. Es el pacto de solidaridad. Su primer pilar es la educación y la formación de los jóvenes. El segundo es la seguridad social y la estrategia nacional en materia de sanidad. Y el tercero es el poder adquisitivo, con una baja programada de las retenciones, especialmente en el ámbito laboral.

Finalmente, el Gobierno deberá poner en marcha la transición energética, que supone a la vez una apuesta ecológica, económica y

social, capaz de producir en un entorno de crisis y de redistribuir el poder adquisitivo; y que entrañará la toma de decisiones sobre nuestros modos de transporte, de consumo y de producción.

Para tener éxito, nos sigue haciendo falta una reforma en profundidad. Esta es la razón del programa de ahorro que he anunciado: no busca ahorrar por ahorrar, sino transformar la organización del Estado, para hacerlo más eficaz y por tanto más sólido. Se trata de cambiar la organización de nuestro territorio mediante una nueva fase de descentralización, y de hacer que nuestro sistema [de protección] social sea más justo y más sencillo, para evitar que sus destinatarios no consigan beneficiarse de él.

El Gobierno también tiene como deber proteger a los franceses. Ese es el sentido de nuestra política exterior y de defensa nacional, de nuestro compromiso en la lucha contra el terrorismo y de la política que hemos elegido en materia de seguridad y justicia. Y, particularmente, en la lucha contra la delincuencia reincidente.

Los franceses piden que se les proporcione seguridad. Así recuperarán la confianza; una confianza que el Gobierno debe intentar transmitir en interés de la República. Ella llegará si los franceses tienen la convicción de que el Gobierno hace todo —digo bien, todo—:

- Para impulsar el vigor de las empresas, de los territorios, de la juventud y de los creadores.
- Para promocionar a Francia, sus productos, su cultura, su modo de vida, sus valores.
- Para prepararse de cara al futuro mediante la investigación, la tecnología, las grandes inversiones.

Esa confianza es la que yo he depositado en el equipo que forman ustedes. Una confianza que ustedes solicitarán a la Asamblea Nacional y que no tengo ninguna de duda de que les será otorgada.

Esa confianza debemos, deben ustedes, merecerla a ojos de los franceses.

(*) Traducción del discurso original en francés pronunciado por François Hollande.